

*–Será mejor que lo dejéis ahí.*  
*–¡Joder Ferrán!, avisa. Desde cuando andabas espian-*  
*do a nuestras espaldas.*  
*–Hace poco. Creí oír que susurrabais, ¿me equivoco?*  
*–Mejor no te lo contamos, pero ¿por qué dices que lo*  
*dejemos?*  
*–Porque voy a suprimir lo que sigue. A quién le importa*  
*si Ferrán pudo curarse o no.*  
*–O sea que te escondes.*  
*–No; simplemente dejo que los años que pasaron sin*  
*sobresaltos no pesen sobre la historia. De todas mane-*  
*ras, digamos que "reaparezco", como lo hace Bene y*  
*alguno más, cuando los sucesos merecen ser contados.*  
*–¿Y ahora qué?*  
*–Pues saltar a la cinta 9 y comprobaréis que la historia*  
*comienza a tener densidad.*

«Horacio [1]»

## Horacio [I]

**D**ESPUÉS de ingresarlo, todos los médicos consultados por la familia en la clínica opinaron lo mismo:

–Las secuelas del ataque que ha sufrido no irán a más. Es muy fuerte y podrá recuperar las funciones motoras... al menos parcialmente ... si se ejercita, claro.

Saturio había escuchado y soportado todas las opiniones sin mover un músculo de los pocos que podía accionar. Las funciones motoras le importaban mucho menos que las funciones reproductoras, y de éstas nadie había dicho una palabra. De todos modos le daba igual porque ya había ensayado lo necesario para saber que lo suyo funcionaba aceptablemente. Lo que sí le alteró fue el número de días transcurridos desde lo que las visitas llamaban «el ataque», pronunciándolo siempre a media voz. No podía creerse que fueran más de tres meses los que pasó medio inconsciente, pero las respuestas que fue obteniendo a sus gesticulaciones, cada vez más inteligibles y fáciles de interpretar, lo convencieron. Así supo de la marcha de Longinos. Hablaron de ello cuando por fin entendieron por qué se echaba mano a los dientes repetidas veces:

–Pregunta por Longi, el dentón, su compa de pequeño – dijo por fin una de sus primas.

–Ése se marchó pitando. No pudo resistir quedarse sin su amigo de la infancia –terció una tía.

–Era el empleado más antiguo.

«Horacio [1]»

–Sí, Saturio lo puso de jefe de los dibujantes...

–Creo que se llaman delineantes, pero da igual.

–... y él se fue como en homenaje a la desgracia de su patrón...

Los comentarios seguían, aplaudidos por los presentes que no tenían nada que decir ni sabían qué cara poner.

La reacción de Saturio al escuchar tal sarta de pamplinas fue tan violenta que estuvo a punto de volcar la silla de ruedas. Para recuperarse del impulso asesino que le cegaba necesitó bastantes minutos. Se calmó al convenirse de que por el momento no podía explicar, y menos demostrar, lo que había sucedido. De todos modos le importaba mucho más vengarse por sus medios que dejar en manos de sus familiares o, mucho menos, de la justicia, el hipotético castigo del odiado «amigo de la infancia». Ahora lo verdaderamente urgente era procurarse un heredero, alguien a quien confiar en el futuro sus planes sin temor a ser traicionado. Para ello tenía que cambiar de residencia, de ocupación y, por supuesto, encontrar la mujer adecuada. Si no dejaba enfriarse la ola compasiva que anonadaba a toda su familia, el cambio de ocupación era el más sencillo de realizar. Después vendería el paquete de acciones de la hidroeléctrica y le daría al dinero el destino que tenía pensado. Sabía que un antiguo conocido, un truhán venido de más allá de los Pirineos, se había instalado por la costa donde los negocios del ocio empezaban a despuntar. El tipo tenía la rara cualidad de las personas a quienes se puede recurrir para obtener cualquier cosa, incluso una mujer dispuesta a gestar un hijo y desaparecer después, discreta y definitivamente. Sería arriesgado y caro entenderse con semejante individuo, pero ese doble lastre hacía la empresa más apetecible todavía.

Consiguió que una prima, la más espabilada, entendiera pronto su pedido: una máquina de escribir, un paquete de folios y una docena de sobres y sellos. Se encerró durante toda una mañana en su habitación, frente a la máquina. Letra a letra despachó los pliegos a los que confiaba el rescate de su vida cautiva. Luego, caída la tarde, exigió que lo trasladaran hasta el buzón más próximo para echar él mismo las cartas que había escrito. De ese modo nadie podría saber a quiénes iban dirigidas.

—

Horacio Hernández medía sus palabras tratando de esconder su urgencia:

—Te digo Pintero que me llamo así por una tonta casualidad, bueno... y también porque...

La palabra "casualidad" suspendió la atención de Pintero. Llevaba meses disfrutando de su ascenso a inspector de 2ª y todavía se preguntaba qué parte tuvo en ello la casualidad. Ahora, en casa, la charla con su compañero de fatigas campamentarias anticipaba una tarde feliz. Podría expresar en voz alta la duda que albergaba sobre la aceleración que cobró su expediente. Si fue casual, si fue sólo una coincidencia que su ascenso se produjera precisamente cuando le aseguró a su jefe que «en lo tocante a mis intuiciones y sospechas privadas el caso Woodcok está cerrado». También quedaba la aparente pero inexplicable conexión entre la pregunta "casual" que hizo a sus compañeros entonces y la orden tajante, —conminándole a que se presentase de inmediato—, que le llegó de arriba. Aún le bailaba en la cabeza la pregunta que provocó la rechifla general: «¿Sabe alguno de vosotros qué coño pueden significar las letras u, ge y te, escritas como si fueran una palabra?»

«Horacio [1]»

—... bueno, por decirlo de algún modo, porque la ilustración de mi madre era accidental.

Hablar de ilustración y de ignorancia le gustaba, así que Pintero bajó de su nube:

—Pues cualquiera pensaría lo contrario. El nombre, "Horacio", sugiere al menos algún conocimiento de Historia o de Pintura... superficial quizás...

—Y tan superficial. Verás, nunca se lo he contado a nadie, pero como tengo que pedirte un favor muy serio y ya sabes muchas cosas de mí, te confiaré la historia de una hoja de calendario...

—Me anticipas por el favor un pago que no me hará rico. Prefiero que sueltes primero lo que te urge, aunque lo sospecho muy aburrido. Dejemos para el final nuestras batallitas que será lo divertido.

Para acentuar más el aire de finalidad de sus palabras, Pintero había echado mano de la botella de bourbon. Horacio, visiblemente envarado por el corte, rechazó la bebida pero recuperó su discurso sin cambiar de tono:

—Está bien, entonces iré al grano. Se trata de un informe sobre mi conducta privada que alguien va a pedir; sólo tengo un amigo que pueda cubrirme las espaldas, ¡y ése eres tú!

Pintero ignoró el énfasis de la última aseveración y preguntó extrañado:

—¿A un informe de buena conducta te refieres? Pero si ya no se llevan. Eran necesarios para el obtener el pasaporte, para ingresar en la milicia, para...

—No me lo cuentes, eso ya lo sé. Sin embargo, ¿qué pasa ahora si alguien influyente lo pide?... por ejemplo, para saber cómo se porta un individuo que puede convertirse en su yerno.

–Eso es muy raro, aunque si lo pide alguien muy influyente...–Pintero no se aclaraba, hasta que repentinamente se levantó para abrazar a su amigo:

–No puedo creerlo, no me digas que te casas. El mayor julandrón del campamento enjaulado por fin, ¡increíble! El teléfono sonó en alguna parte. Pintero revolvió entre los periódicos atrasados, los platos con restos de comida y los ceniceros atestados de colillas. Por fin encontró el aparato y sin descolgarlo siquiera, tiró del cable y lo desconectó:

–Esto merece tranquilidad. Ahora no nos molestará nadie. Empieza por el principio, ¿quién es ella?, ¿la conozco?, ¿apareció tu misteriosa amiga de La Granja?... espera, no se tratará de una hija tuya ...No, eso es imposible. Aunque así fuera no tendría la edad ...¿o sí?, quién sabe cuándo empezaste... porque después de aquella exhibición ... jah, jah ...

Horacio no se contagió de la risa. Venía decidido a no malgastar su escaso tiempo en historietas pasadas y menos en comentar asuntos personales que poco podían importar a su circunstancial compañero de unos meses. Si había tenido la intención de desvelar algo de su origen fue porque no se le ocurrió otra forma mejor de abordar al policía antes de explicarle el tema que lo había llevado hasta allí. Estuvo a punto de responder airado, pero uno de sus frecuentes golpes de tos le sirvió para enmascarar su malestar:

–Mira, dejemos eso por ahora. La verdad es que me falta tiempo. El papeleo de la boda y la inminencia de las acciones que mi futuro suegro seguramente va a emprender en cuanto yo mueva ficha ...

–¡Para, para!, por favor.

Pintero recobró una compostura más seria, parecida a la que usaba en su cubil de funcionario policial:

«Horacio [1]»

—Ya veo que necesitas mi ayuda, pero explícate un poco mejor ¿Qué es eso de acciones a emprender si tú mueves ficha? Y quién es, y cómo se llama ese señor —dijo entre dos tragos, echando mano de su gastada e inseparable libreta, presto para tomar notas.

—El nombre no te va a decir nada, sobre todo porque no será él quien pida el informe, sino un antiguo socio suyo, un vicecónsul o algo parecido, experto en asuntos turbios en la ciudad donde ahora vivo.

Estaba claro que Horacio tenía decididos los datos que pensaba proporcionarle, así que Pintero optó por la vía rápida para no perderse en conjeturas:

—Está bien. Dime de un tirón lo que deseas que haga. Hazlo en forma telegráfica, si quieres. Cuando termines sólo te preguntaré lo que crea estrictamente necesario para que mi gestión sirva a tus propósitos.

---

Iba a cumplir los veinte y no había destacado especialmente en nada, salvo en estatura. En aquel tiempo, rebasar el metro noventa era una barbaridad. Su padre había insistido en que se presentase a gastadores, pero él prefirió solicitar las milicias para no perder contacto con los compañeros de la facultad. Pensaba que había acertado. Las bromas y novatadas que a muchos amargaron la convivencia, dentro y fuera de las tiendas, le rozaron muy superficialmente. Pocas veces tuvo que sacar a relucir el genio seco y cortante que le salía cuando estaba cabreado. En contadas ocasiones aprovechó las escapadas de fin de semana. El poco dinero que tenía lo atesoraba para pasar los días del permiso de jura en una fonda del pueblo. Tenía planes. En las primeras maniobras le había tocado transportar la emisora de radio, el fardo más pesado. A mitad de camino empezó a escu-

char indeseables gorgoritos en sus tripas y se fue quedando atrás.

–Seguid vosotros –había dicho al terceto restante del pelotón– os alcanzaré en el punto de reunión.

–¿Qué te pasa grandullón, no puedes con el guaquitoki?

Ignoró la pulla y se desvió por una trocha que descendía hasta un riachuelo conocido. Las márgenes pobladas de matorral eran el mejor lugar para recuperar el resuello. Sin pensárselo dos veces soltó las correas que sujetaban el artefacto a su espalda y se dejó caer desparramado en el suelo. Estuvo así unos minutos con la esperanza de que sus ruidos interiores desaparecieran. Pero fueron a más y tuvo que decidirse a buscar el sitio más adecuado para aliviarse. La chica apareció en el momento más inoportuno, cuando él empezaba a incorporarse. Quedó petrificado, casi literalmente puesto que no supo ni siquiera esconder el par de guijarros que le quemaban en la mano. Enrojeció como un chaval cuando la muchacha escapó canturreando:

–¡Mare mía, qué hermoso parato tenía! ¡Mare mía!

Aquel incidente modificó su rutina campamentaria. Se apuntó voluntario a todas las operaciones que prometían un posible acercamiento por los alrededores del pueblo. Hasta que su tesón se vio recompensado. Una mañana, al salir cargado de la tahona con dos sacos de chuscos que le doblaban el espinazo, se dio de bruces con la muchacha. No tuvo que pronunciar palabra, ella se encargó de emplazarlo. Después, a él, ni siquiera se le ocurrió averiguar a qué se dedicaba, ni los años que tenía, ni mucho menos por qué sabía tanto de hombres. Las breves señales que salpicaban su cuerpo, incluso su rostro, las marcas de su experiencia, él no las veía. Ni la penumbra del cuartucho de la fonda, ni la brevedad de los tiempos de encuentro, dieron para más. Ella prometió

que estaría con él las tres tardes del permiso de jura, pero un rato tan sólo. Desde el primer momento le dijo que debían aprovechar bien el tiempo, que se dejara hacer, — yo sé como tratar semejante majeza —. Y cumplió, pero esos tres días fueron todo. Aunque él no pudiera resignarse a que aquello hubiera terminado. Esperaba nervioso las horas de asueto del sábado para escapar hacia el pueblo. Deambulaba sin rumbo con la esperanza de encontrarla de nuevo por la calle. Esquivaba todas las caras conocidas incluso a Pintero, el compañero de tienda que él creía más sagaz. Pero un día no le fue posible ignorarlo, se dieron de bruces al doblar una esquina. Iba con Ferrán, otro colega de la tienda vecina, y con un par de chicas bastante feas. Le propusieron que se uniera al grupo. El aceptó pensando en la probabilidad de averiguar lo que le interesaba. Enseguida se enrolló en una confusa descripción de la muchacha que buscaba: —una chica muy guapa, muy bien formada, muy alegre ...—. Le asombró su incapacidad para ser más preciso, y se dio cuenta de que en realidad no sabía cómo describirla. Pero insistió tanto en su torpe explicación que la intensidad de las miradas asesinas con que le asaeteaban las dos muchachas les iluminó la cara hasta hacerlas parecer guapas. Pintero, más interesado en averiguar lo que escondía la obsesión de su encoñado compañero que en la banal conversación de las feúchas, argumentó que su amigo no se encontraba bien, lo cogió del brazo y, despidiéndose por los dos, dejó plantadas a las asombradas criaturas, una a cada lado de Ferrán, en medio del paseo. Horacio encontró entonces, a solas entre hombres, el modo de atemperar su ansiedad idealizando su experiencia. Roto el dique de su confusión, inundó a Pintero con la narración de su fugaz estancia en el país de los mil y un coitos.

---

El campamento terminaba. El penúltimo día estaba permitido holgazanear hasta después de las doce, dentro o fuera de la lona, en la propia tienda o en otra ajena. Si no se armaba mucho escándalo los imaginarias pasaban de dar parte y la juerga podía correr hasta el toque de diana. Horacio estaba en la tercera de zapadores. Su tienda no era de las más jaraneras pero aquella noche se contagió de la bulla general. Uno de los doce de «Manolo Minó», como ellos se decían en chufra burlándose del himno, propuso que un recuerdo vivo y seguro de la despedida sería calibrar los atributos de cada cual:

–Se muestran, se miden, y se hace una lista con los resultados. De mayor a menor. Así, cuando haya mos olvidado nuestras caras, nos acordaremos por lo menos de los pijos: bueno de dos, del primero ... y del último ...

–eso es, y luego nos la minamos ...

–no es para menos ...

–no es para menos.

–Al compás de ¡naidié sabrá...! ¿quémá...noló minó?

–¡...vidá jemplar!

–¡del gran... mastur...bador!

Risotadas y risitas coreaban las estrofas, pero no se llegó a una decisión unánime. Cuando la capacidad de persuasión del autor de la idea pareció convencer a todos, hubo dos que lograron escabullirse fuera de la tienda antes de que la ceremonia se iniciara. La fuga enfureció a los más exaltados, pero antes de que resolvieran salir a por ellos intervino Horacio:

–¡Dejarlos en paz! Diez somos bastantes, y será más fácil sacar la media.

El más enano de todos había mal disimulado su envidia durante tres meses por la estatura del grandullón y trató de apuntarse un mínimo desquite, –también sabemos dividir por doce –dijo, pero nadie le hizo caso. El espectáculo estaba servido. Todos contemplaban boquiabiertos

como Horacio, con movimientos desmañados aunque rápidos, empezaba a desabrocharse el mono y antes de llegar al último botón se sacaba las mangas dejando caer el cuerpo hasta las rodillas. Entonces se quedó quieto, pero fue sólo una pausa para cambiar de ritmo. Ya sin darse prisa, tiró hacia abajo del elástico de los calzoncillos y terminó separando las faldillas de la camisa con teatral solemnidad.

–Venir a mirar –ordenó más que dijo– quiero que opinéis si hace falta el concurso... una amiga decía que no había visto cosa igual... pero ha desaparecido sin dejar rastro ...

Allí se cortó compungido, consciente repentinamente de la esperpéntica mezcla de su pena con la exhibición de su pene. Sólo Pintero captó su confusión, dejó el corro y se puso a su costado. Mientras estiraba el brazo todo lo que podía para ayudarlo a tirar de los calzones y subirse el mono le reconvinó quedo:

–No sigas, ¿a qué viene contarle a estos parias lo que te pasa? –luego exageró los gestos y voceó para los demás:

–Si alguien opina lo contrario, que hable, que lo demuestre ahora o que calle para siempre.

El juicio que todos habían mantenido suspenso estalló en avalancha de parabienes, exageradas efusiones y rimas. La más coreada, «hasta lacio es enorme el pijo de Horacio», fue transformándose, y en el postrer confín del campamento, arropadas las voces por el toque de la última diana, los de artillería cantaban: «un batracio deforme es el hijo del Lazio».

—

Dos años de entrenamiento necesitó para ganarse la confianza del bufete donde estrenó su licenciatura en Económicas, apéndice de las Ciencias Políticas. Después fue trasladado a provincias, movilizado, según el argot

de la época. La ciudad que le tocó en suerte no le desagradó por completo, aunque le fastidió bastante la curiosidad que despertó su llegada. Al principio culpó a su estatura, pero pronto notó que sobre otro huésped reciente, de talla normal, se ejercía también la misma especie de vigilancia constante, sin disimulo en la fonda y más sutil pero continuada y creciente en todo el barrio. Supuso que la presión y caza del advenedizo no era una peculiaridad del entorno sino que se daba en toda la ciudad. Decidió contrastar su hipótesis trasladándose a una de las urbanizaciones que empezaban a proliferar en las afueras, donde la presencia de extranjeros era dominante y también garantía de mayor independencia. Empezó alquilando un estudio reducido y coqueto a menos de doscientos metros de la playa, pero no abandonó la pensión. Ni siquiera mencionó su doble domicilio. Le cogió el gusto a la prueba cuando comprobó que podía recibir mujeres sin que nadie parase mientes en las visitas. La sombra de la campesina había dejado de perseguirlo, aunque sin darse cuenta seguía utilizándola como patrón para evaluar las habilidades de las chicas de «Korea», la zona de combate del lugar. Tuvo que pagar hasta que se corrió la voz de sus facultades y más de una, por curiosidad, vino a ofrecerle un primer servicio gratis. Korea no estaba muy poblada y se renovaba poco. Cecilia apareció precisamente cuando él empezaba a cansarse de la rutina. Cecilia era distinta, se expresaba correctamente y no lo abrumó, ni la primera vez, con las habituales exclamaciones que suscitaba la visión de su aparato. Horacio se interesó de inmediato por ella a pesar de que le cobraba la tarifa normal. Después de unas semanas, decidió hablarle de las rebajas y servicios gratis que venía disfrutando, pero ella le atajó al primer intento:

—Sé que eres el rey de la casa, aunque tendrás que llamar a otra puerta para esos tratos. Tengo una hija y me hace falta todo el dinero que puedo ganar en este oficio. El nunca había pensado en la prostitución como oficio, ni había buscado mujeres de la categoría de Cecilia con las que mantener una conversación inteligente. Sin embargo optó por insistir en lo del dinero.

—¿Qué cantidad necesitas al mes?—preguntó.

—Si te lo digo vas a pensar que exagero, o peor, que creas poder pagarlo y tenerme toda para ti solo.

En el aplomo de la respuesta, Horacio percibió el reto y entró al trazo:

—¿Y qué habría de malo en ello?—siguió, pero se arrepintió nada más decirlo. Había avanzado demasiado, no tenía intención alguna de mantener una relación exclusiva. Ella observó como le traicionaron el gesto y el movimiento nervioso de las manos. Le cogió una con ademán zalamero y lo tranquilizó:

—Te voy a decir la buena ventura para que se te pase el tembleque. Mira, todo está en estos surcos menos profundos que cruzan las rayas más importantes, la de la vida, la de la fortuna, la del amor... ves, a esta última se le acerca pronto una bien marcada que soy yo, pero no llega a tocarla. Eso significa que no has de preocuparte, que no soy quien tiene que encargarse de ti. El amor de tu futuro está en esta otra raya de más abajo, en la que se junta con la de la vida y te dice que una mujer mucho más joven que yo vendrá más adelante a ocuparse de ti, cuando la precisas realmente. Puede que entonces no lo sepas, y ni siquiera recuerdes estas palabras, pero te la habré mandado yo.

Le sorprendió la seguridad y el énfasis que ella había puesto; parecía realmente creer en lo que había dicho. Pensó que alucinaba, pero reconocía que eso de compartirla sería muy ventajoso, sobre todo para su econo-

mía. Ensayó estar un par de meses sin recurrir a ninguna otra y comprobó que ella le bastaba, que podía prescindir de todas las demás. Fue entonces cuando sus íntimas exigencias de posesión exclusiva lo sofocaron:

—Esta situación es ridícula —decía— el mundo al revés. Un cornudo consentido desde luego no seré: no haré que mis nietos lo sean de un gran cornudo ni sobrinos de un bellaco...

Empezó a repetirse y a hacer de su consentimiento una cantilena insoportable, hasta que ella, intuyendo que recitaba, le salió con una proposición sorprendente:

—Pues enmendar ese entremés de abuelo prematuro que representas es bien sencillo: busca una mujer que tenga dinero y cástate. Engendra hijos para que te den nietos. A mí seguirás encontrándome... si me necesitas.

Pensó que ella estaba de broma o que tanteaba una excusa para abandonarlo por completo, pero pronto cayó en la cuenta de que tenía razón una vez más. Una esposa bien elegida podría ordenar el cuidado de su salud. Los accesos de tos que seguían a sus despilfarros de vitalidad eran cada vez más frecuentes y habían empezado a preocuparlo. Otro punto era la economía. Andaba justo de dinero y temía que sus estrecheces la ahuyentasen. Decididamente tendría que dejarse caer por los lugares que frecuentaban las señoritas de clase acomodada. Cecilia había hablado de una sala de fiestas, de un club bastante exclusivo, pero que lo aceptaría con toda seguridad: —los forasteros de buena presencia como tú caen por allí rematadamente bien —le había dicho. Probaría a ver que tal.

—

Horacio se dio entonces cuenta de que no iba a ser tan fácil resumir su explicación en forma telegráfica, de modo que siguió por lo que no pensaba contar:

–Todo estaría bien si yo pudiera prescindir de Cecilia – fue lo que dijo. Pintero alzó la mano que sostenía el bolígrafo y estuvo a punto de pedir detalles sobre el personaje. Pero se contuvo y anotó lo que él mismo iba repitiendo entredientes:

–Cecilia, parece imprescindible para H, punto.

Horacio seguía:

–Es verdaderamente una mujer asombrosa. Hasta me facilitó la admisión en el estrecho círculo de sociedad donde debo, eso dice ella, encontrar lo que me conviene. No me extrañaría que también haya sido ella quien movió los hilos para que Margarita se echase prácticamente en mis brazos.

Pintero volvió a sus murmullos y anotaciones:

–Margarita también se ha pirado por H. Otra que debe saber de sus atributos.

Horacio, aun sin entender lo que el otro mascullaba, sospechó que estaba tomando un poco a chufra sus excesivas confianzas y trató de centrarse:

–Bueno, los nombres de las mujeres no hacen al caso; el único que debes recordar es el de un alemán, un tal Herr Kerl. Ése será quien pida el informe sobre mí. Es un tipo influyente y tus jefes le harán caso. Por eso lo que tienes que hacer, bueno, el favor que te pido, es que intervengas para que la respuesta hable de mí como sujeto irreprochable. En el lenguaje oficial apropiado, claro está. Así de sencillo.

El tercer apunte de Pintero en la libreta fue: «Al mister Kerl, informador, darle respuesta de matute, si se puede, claro», después añadió de palabra:

–Si de verdad todo lo que te pasa es que tienes que tapar tu enredo con una tía, esa Cecilia supongo, no habrá

problema en conseguirlo, por muchos humos que se gaste el tal Kerl. En asuntos de faldas se hace mucha vista gorda. Sin embargo, por lo que me pintas, si tu futuro suegro es el sabueso que supongo, lo difícil será que tú puedas taparte el culo allí donde vives. De todos modos dame tu teléfono para que te avise de lo que pase aquí, ...¡ah!, y no me localices en la oficina, anota este número y esta dirección por si tienes que lla marme de nuevo.

Horacio no estaba seguro si la buena disposición que acababa de mostrar su antiguo camarada no terminaría sepultada bajo los cientos de expedientes cancelados. A lo mejor sólo iba de farol, pero como no podía sino esperar acontecimientos le pareció conveniente dar por terminada la entrevista. Copió el número en una de sus tarjetas y se quedó con otra en la mano. Pintero se la arrebató sin darle tiempo a ofrecérsela y echándole un brazo por el hombro le dijo en tono confidencial:

—Y del pago convenido ¿qué?...

—¿Qué pago? Bueno, si te refieres a tasas o a otras zarrandajas oficiales, lo cargas todo a mi nombre por supuesto, o mejor ...

—Pero que reblandecido tienes el coco. Me parece que se te va toda la fuerza por tu gran pijo ¿No recuerdas que tomé por pago una historia que ibas a contarme? Aunque, pensándolo mejor, te la reclamaré más adelante; al final de la gestión...si hay final feliz, por supuesto.

Era consciente de que había aplazado preguntas importantes, pero también de que había conservado la discreción. Entre las brumas del bour bon no había largado nada. Las miserias cotidianas del oficio, el trapicheo de polvo, las extorsiones a confidentes, el abuso de autoridad, los golpes sin dejar marcas, las corrupciones de arriba y las corruptelas de abajo..., «¡qué le podía im-

«Horacio [1]»

portar a gran pijo todo eso! sin embargo debí pedirle algún dinero, puede que haga falta», pensó. Pero había tiempo. Hasta podría ocurrir que nadie pidiese informes, o bien que su amigo, como tantos chiflados que recalaban en la comisaría, estuviera aquejado de alguna manía... «joder demasiado puede ser tan malo como no joder, ¡y con esa tos! De todos modos será mejor que averigüe algo por mi cuenta». Echó un vistazo a la tarjeta que todavía conservaba en la mano y trató de memorizar lo que decía. Luego la hizo volar con un golpe seco de muñeca, y sin esperarse a ver dónde caía salió de la casa tras los pasos de Horacio, sin poder explicarse muy bien por qué lo seguía.

---

A pesar de que jamás usaba zapatos altos, Margarita Ungaretti no había sido cortejada por hombre alguno que pudiera mirarla a los ojos sin tener que echar el cuello hacia atrás. Por eso, la aparición de aquel mocetón en el club le provocó una catarata de sofocos que fue difícil de mantener dentro de los límites del decoro a que estaba obligada por su posición y rango social.

—Con éste sí que podría llevar tacones —fue la idea más original que le pasó por la cabeza al recuperarse del vahído.

Horacio, todavía nublada la vista por el humo denso de la ininterrumpida combustión de cigarrillos que lo envolvió al entrar, ni siquiera distinguió a la sonrosada esfinge que ya suspiraba por él. En cambio sí se notó observado por decenas de ojos, y comprobó incomodándose que eran los camareros quienes no le quitaban la vista de encima. Naturalmente no tenía ni idea de que en el club era tradicional asaetear de ese modo al último advenedizo que superase el metro noventa. Tampoco estaba informado de que en esos casos el personal del servi-

cio rezaba al unísono para que ese recién llegado fuera quien resolviese de una puñetera vez la incertidumbre sobre el futuro de la señorita Ungaretti. En las operaciones de acoso que seguían para llevar la pieza a la mesa de los conjurados, es decir, la que ocupaba la heredera, participaban no sólo los camareros, sino más de un cliente asiduo de los integrados en la cohorte de gorriones que bebían y canapeaban a costa de don Satrio, el padre de la niña. Horacio trataba de ambientarse, pero pensó que no iba a durar mucho tiempo en aquel lugar. La barra estaba bloqueada por más de dos filas de bebedores compulsivos, y ni las mesas ni las sillas eran visibles. Estaba a punto de volver sobre sus pasos, cosa tampoco fácil pues tras él había entrado un grupo que taponaba la salida, cuando un personaje en impecable frac le invitó cortésmente a situarse donde no estorbase a los demás la visión del espectáculo. Más asombrado que indignado por lo absurdo de la demanda, sólo atinó a preguntar:

—¿A qué clase de espectáculo se refiere?

Si le contestaron algo no pudo oírlo. Lo que sintió en cambio fue una violenta presión en los riñones que lo elevó del suelo. Al mismo tiempo la mortecina iluminación del lugar se apagó casi por completo. Pensó que estaba a punto de comenzar el espectáculo al que se refirió quien debía de ser el chef de aquel circo. Pero cuando las luces se recuperaron lo único que encontró cambiado fue la perspectiva de la sala. Él, desde luego, estaba en otro lugar. Sentado, casi encajado delante de un pequeño velador, rozaba la espalda desnuda de una joven que atendía la charla de sus compañeros en la mesa inmediata. El contacto le resultó atractivo y le motivó a interesarse por saber si el anverso valía la pena. Como si lo hubiera adivinado, la muchacha giró bruscamente y con una sonrisa de reconocimiento se presentó:

«Horacio [1]»

—Me llamo Margarita, bueno Marga, ¿y tú?

—Me di... dicen... Ach... Ach —se puso a tartamudear él visiblemente sorprendido, más fastidiado todavía cuando notó que enrojecía levemente. Haciendo un esfuerzo para no dar pie a que ella abusase de su azoramiento se corrigió como pudo:

—No es un chiste, es que los amigos me llaman HH. Mi apellido es Hernández.

—Entonces tu nombre, por ejemplo, podría ser ... Her-nando.

Se vio pillado otra vez, pero ya el buen humor de la chica y la manera educada de responder a su infantil sonrojo le hicieron proseguir con más aplomo:

—Perdona mi despiste. No sé por qué ibas a saber mi nombre: me llamo Horacio, igual que los guerreros de David ...

—¡Hombre!, ése era sólo uno y se llamaba Goliat —reía ella provocadora y divertida.

El hielo se había hecho pedazos, como en su estampa del mar de diciembre. Horacio aguantó un escalofrío y sólo supo responder devolviéndole una sonrisa.

—

Había tenido un día caliente. Al comisario no le había gustado la expresión que se permitió —la verdad es que no sabría decir por qué— sobre la inocente inglesita que dejó manco a su incestuoso padre. Se había quitado aquel caso de la cabeza, o eso creía. Lo cierto es que todo empezó con una carta y desde entonces detestaba enfrentarse a la correspondencia. Le tenía dicho a uno de los números, al más despabilado y leído, que todo lo que llegase para él, si no ponía "privado" en el sobre, lo abriese y despachase, contándole solamente lo que creyese imprescindible. Sin embargo, no podía delegar la

lectura de las cartas que llegaban a su casa. Lo único que hacía era demorar su apertura según un orden arbitrario que él establecía sobre la marcha, por el aspecto del sobre, si no conocía al remitente. Al regresar aquella noche estuvo tentado de dejar la inspección del buzón para el día siguiente. Lo venía haciendo toda la semana, pero las últimas entregas asomaban ya por la trampilla y en cuanto empezase a llover se deteriorarían irremisiblemente. De todas maneras, como no tenía a mano la llave del buzón, se limitó a tirar con tiento de los papeles que se veían y pudo arrastrar casi todo el paquete. Dentro de casa fue destruyendo la propaganda, invitaciones, llamadas a la caridad, premios ilusorios ... hasta llegar al último sobre, el único remitido por persona física identificable. Lo hizo volar hacia el desvencijado sillón de lectura y borracheras, se quitó la gabardina, fue a buscar hielo al frigorífico y sirviéndose un "long shot" del bourbon de reserva que atesoraba para sí, se dispuso a leer la carta de Horacio. Habían pasado meses desde la noche en que lo siguió hasta ver como se dejaba engatusar por una prostituta a la misma puerta de su hotel. Aquello enfrió la buena disposición con que se ofreció a ayudarlo, y a la semana siguiente aparcó también la búsqueda de datos sobre el individuo que entonces le mencionó.

—¿Qué tripa se le habrá roto a éste ahora? —rezongó al dejarse caer en el sillón y acompañarse del primer trago. Abrió el sobre de mala manera, sacó los dos pliegos que contenía y como tenía por costumbre se puso a repetir entre dientes el primer párrafo que le llamó la atención: ... no te imaginas lo que has hecho por mí. Ahora soy feliz con las dos mujeres que he podido conservar gracias a tu mediación ...

Pintero entabló entonces un auténtico diálogo con el papel, leyendo en voz alta y hasta cambiando la voz cuando representaba a Horacio:

—Si supieras que no hice nada ... ¿creíste de verdad que estamos para asuntos de faldas?... además, esas cosas se cuentan en la barra jugando a los chinos, pero no se escriben...

... Margarita, mi esposa ya, es un pedazo de pan, de buen tamaño, es cierto, y de caprichos caros, lo que no es problema porque se los puede pagar. Es rica, alta y hasta un poco agraciada. Para colmo, su padre nos ha regalado un piso en el edificio de apartamentos que tiene su socio. Un lugar con solera aunque lleno de alemanes. Pero en esta ciudad donde mejor se está libre de vecinos es en medio de extranjeros. Nadie se dará cuenta de mis escapadas al nido que he conservado para Cecilia ...

—¿Ni tu mujer? Estos grandes pijos son desde luego de otra especie...

... Cecilia, esa mujer sí que fue un hallazgo. Podré sacarla de la calle definitivamente en cuanto mi esposa me traspase la gestión de 'nuestro dinero' ... así lo dice ella si yo digo 'su dinero', lo cual se me escapa con frecuencia ...

—¡Inaudito!, esa Cecilia te ha comido el tarro. No pensaba realmente que fueras de los que disfrutan haciendo semejantes confianzas, más propias de aprovechados y chulos...

...si tuviera que pensar en puntos oscuros de estas mujeres sólo encuentro dos: uno en cada una precisamente. Margarita me oculta a su padre. Ni siquiera el día de la boda pude verlo de cerca. Supuse que era la sombra que parecía agazapada en el umbral de la puerta de salida del altar hacia la sacristía. Por una fracción de segundo, el destello de un flash a nuestra espalda dibujó los ra-

dios y la llanta de una rueda que asomaba por aquella puerta. Estuve atento durante la ceremonia, lo que pude claro, pero el reflejo no se volvió a repetir. Después Margarita me dice que su padre salió urgentemente para una larga estancia en un balneario francés, adonde lo acompañó una vez cuando era niña. Yo he tratado de sonsacar algo a los camareros del club pero son como piedras. Además, desde la vuelta de nuestro viaje de novios ella no quiere ni pasar por allí. No me ha prohibido que yo lo haga, pero me ha insinuado que no me conviene ...

—No deja de ser un punto oscuro interesante. Quizá debería averiguar algo sobre esa sombra misteriosa... — siguió Pintero, bajando la voz, metido por completo en su representación.

... a Cecilia no tengo buenas razones fijas para preguntarle lo que esconde, que en realidad es todo su pasado. Pero al menos me gustaría saber a dónde escapa cuando desaparece de la ciudad, como proyecta hacer para Navidades. Sólo consigo que me conteste riendo: «donde he ido siempre aunque no te hayas enterado».

—Pues yo sí que te veo venir. Terminarás por pedirme que haga de sabueso y vigile los pasos de tu querida... pero vas de cráneo.

Pintero decidió que había tenido suficiente. Arrugó la carta sin acabar de leerla, aunque le faltaba poco más de las frases formularias de despedida. Se sacó los zapatos y sirvió otro golpe de bourbon sobre los restos del hielo, pero antes de terminarlo ya roncaba desparpamado en el sillón.

—

Para Navidad no podía fallarle a Natalia. Las cuentas del viaje las tenía hechas de siempre. Además, desde la

vuelta de Horacio todo iba como ella había previsto. Bueno, ella realmente no. Estaría mejor decir el tándem que montó su confabulación con Marga. Todo empezó con la invitación que le trajo a casa el mayordomo, chófer, asistente, o lo que coño fuera aquel idiota de librea. Ella se había prometido no repetir, aunque la paga fue tan exagerada que habría podido descansar todo un mes. Sin embargo, había sentido una indefinible humillación por prestar a aquel hombre inválido los mismos servicios que con otros le resultaban indiferentes –y con HH hasta divertidos. Pero pensar eso no le proporcionaba alivio alguno, así que despachó con cajas destempladas al tipo del ridículo uniforme. De poco le sirvió, porque una hora después lo tenía de nuevo ante su puerta. La formal invitación precedente había cambiado a una nota escueta. Podía elegir entre presentarse de inmediato en el domicilio que ya conocía o acompañar a la pareja de agentes que la visitarían en su casa a la mañana siguiente. Cecilia sabía que ese tipo de amenazas no se hacían en vano. Sopesó todas las ventajas que echaba al cubo de basura por negarse a un cuarto de hora de gimnástico servilismo, eso sin contar las dificultades agregadas que le sobrevendrían: las acostumbradas vejaciones de algunos maderos y sus soplones, los registros domiciliarios intempestivos, la expulsión de la ciudad si les venía en gana... de manera que sepultó su indefinible repugnancia en el baúl de los olvidos y salió a la calle arrebujándose en el abrigo sin haber terminado de vestirse siquiera. Anduvo a buen paso hasta el cruce donde no era difícil parar un taxi y pudo llegar sobradamente "de inmediato", como se le había recomendado. A otro criado repelente que le abrió la puerta no le dejó abrir la boca. Apartándolo con ademán despectivo, enfiló la alfombrada escalera aseverando resuelta:

–Don Saturio me espera. En el dormitorio, naturalmente.

Sin embargo, su aparente resolución no contaba con la sorpresa que se llevó al empujar la puerta de la habitación que había ocupado en su primera visita. El inválido estaba allí, pero en su silla, no apalancado en la cama como entonces. Además, habían desaparecido las barras, resortes y cuerdas que convertían la cama en un andamio articulado al que sólo faltaban ruedas y bielas para salir andando. Su azoramiento creció al ver a la muchacha que se le acercó para recibirla. Por un segundo pensó aterrorizada que habían sustituido los elementos mecánicos de la cama por una atlética enfermera dispensadora de sevicias. Pero las palabras que ésta le dirigió y, sobre todo, la entonación amistosa la tranquilizaron de momento:

–Yo soy Marga. Y tú eres Cecilia, sin duda. No creí que vinieras tan pronto. Por lo que mi padre me ha contado de ti estaba deseando conocerte. Pero dame tu abrigo por favor. En qué estaba pensando el cretino de abajo que te lo ha dejado puesto.

Como no se había terminado de recobrar y en lugar de responder se aferraba a la prenda como si le fuera la vida en conservarla, intervino don Saturio en su ayuda. Por medio de rápidos movimientos de las manos y la mímica más simple y convencional, simulando que se sonaba la nariz, dio a entender que su invitada estaba muy acatarrada o algo parecido. La muchacha entonces la cogió del brazo para conducirla hasta la puerta diciéndole:

–Vale, si estás resfriada tampoco conviene que te quedes vestida así. Vamos a mi cuarto. Allí puedes elegir la prenda que más te guste.

Cecilia empezó a pensar de prisa para encontrar razones que explicasen su déshabillé bajo el abrigo. Sin embargo no le hizo falta. Nada más llegar a la habitación, Marga le abrió de par en par su armario.

—Ponte lo que quieras; encontrarás alguna prenda corta que te irá bien. Esa puerta de enfrente es el baño, yo te espero aquí al lado, en mi salita.

—¿No se impacientará tu padre si tardo ..., si tardamos en bajar?—se decidió a preguntar Cecilia.

—De ninguna manera, esta cita es conmigo. Me lo prometió hace un par de semanas, después de tu visita...

La situación le pareció de película. Había acudido asustada tratando de engañar su miedo antes las nuevas indignidades que tendría que soportar, y en vez de eso se encontraba arropada confortablemente en un albornoz perfumado, lista para escuchar a qué se debía el capricho de la hija de un sátiro inválido y mudo.

—Me gustaría adornar de la cortesía habitual nuestra conversación durante los primeros minutos siquiera, pero hay demasiado que explicar. Así que allá voy. Sé que eres una de las amigas que se hace traer mi padre a casa. Pero debes ser más especial que las otras, de las que me dice que son aspirantes a criadas, manicuras o cualquier cosa. A ti se ha referido como una mujer ilustrada, ¿qué como lo ha hecho? Querida, sus gestos, que a los demás les deben de parecer aspavientos sin sentido, no tienen secretos para mí, y... si me apuras...

Cecilia interpretó la vacilación como una pequeña ventaja y jugó audazmente su primera baza:

—Entonces quizás sepas también que no vengo por mi propia voluntad. Tu padre me ha amenazado, si no fuera así...

—... no estarías aquí supongo. Lo de la amenaza no lo sabía pero puedo imaginarlo. Son sus métodos. Sin embargo, nada tendrás que temer a partir de ahora. Un poco de paciencia y déjame decirte lo más resumido posible, lo que espero de ti...

—¿Tú o tu padre?

—Pues yo seguro, aunque en el fondo puede que ambos, pero...¿qué más te da? Mira, si te fijas con atención verás que ya no soy muy joven. Tampoco soy un chico, como esperaba mi padre. Además tengo el problema de la estatura que se complica con el del dinero. Sí, no te extrañes. La estatura y el dinero combinan mal para encontrar el marido que mi padre desea. Los pocos pretendientes que me han salido, o se han asustado ante él o él mismo los ha echado a patadas. De todas formas, como el más alto no me llegaba a la nariz, me ahorró el trabajo de despedirlos. Pero yo sabía que había alguno en alguna parte y ahí es donde apareces tú...

—¿?

—... sí, no pongas esa cara de asombro. Por lo que sé, han visto que vas mucho por la casa de un chico muy alto, de buena presencia, educación y carrera. Era algo calavera, pero poco después de conocerte dejó de frecuentar el barrio que llaman Korea.

Cecilia, a pesar de su aplomo, no daba crédito a lo que estaba escuchando. Sin embargo su sexto sentido le anticipaba una propuesta prometedora. Aún así, no quiso demostrar que empezaba a entender.

—Para saber de todos mis pasos y los de un buen amigo nos habéis echado a los matones, o a los maderos... ¿es que tu padre manda en esos también?

—Bueno, son los "hombres de papá". Algunos forzudos y polis, los que tú llamas maderos, sí vienen por aquí, por dinero. Pero no sigas con eso. Lo que te voy a decir sólo te interesa a ti, aunque no sé bien lo que os interesa a las mujeres de... de la vida

—No te cortes, ni des rodeos. Di el nombre y lo que se supone que es lo único que nos importa: estás hablando de putas y de dinero.

—Bueno, no trato de ofenderte ni de compadecerte. Pero tienes razón, así será todo más fácil y rápido.

Mencionar la rapidez pareció impulsar a la muchacha a levantarse con presteza. Se dirigió al tocador que tenía poblado de tarritos, frascos de perfume, peines, cepillos y toda suerte de estuches de tamaños dispares. El tríptico de espejos que coronaba el mueble multiplicaba los cachivaches hasta el infinito. Cecilia observó curiosa cómo Marga se doblaba exageradamente por la cintura orientándose hacia uno de los cajones de los costados. Sólo entendió lo que el movimiento significaba cuando la chica se enderezó para volver sonriente agitando una especie de cartera de tela y arreglándose la gargantilla de oro de la que pendía un llavín en forma de cruz.

—Antes de continuar quiero que me digas si crees que puedes convencer a tu amigo para que vaya al club. Sencillamente eso, ¿qué me contestas?

Cecilia seguía sin hacerse con la situación aunque ya adivinaba lo que la muchacha pretendía: ni más ni menos lo mismo que ella proyectaba para su hija. De modo que respondió mordaz:

—Con todo lo que sabéis de nosotros, de él, ¿por qué no lo invitas tú misma?

Marga aguantó el puntazo, demostrando que estaba dispuesta a ganarse su colaboración.

—Voy a tomar tu respuesta por un sí. Ahora fíjate bien: en cuanto yo me haya encontrado con él en el club, tú recibirás estos papeles... la garantía de una cantidad mensual para toda tu vida.

—¡Qué criatura más increíble! Además de que pareces escapada de un concurso radiofónico, das por hecho, no sólo que yo convenceré al hombre, sino que él te conocerá y te preferirá a las demás, a todas esas señoritas del pan pringao que buscan marido en el club. Incluso debes pensar que su interés por ti será para toda la vida y así yo no me sentiré culpable por la sopa boba de todos los meses que dices. Para colmo, por encima de todo eso,

supongo que debo entender que no tengo que volver a verle más...

–La sopa es menos boba de lo que imaginas, pero hasta lo último ibas muy bien. Espero que suceda lo que has dicho, salvo que no me importa que sigas viéndole. Entiendo que eres una buena amiga suya y, por eso, seguirás soportando su... su vigor en mi lugar. Supongo que lo disfrutas, pero a mi es casi seguro que me va a disgustar ... si no fuera porque mi padre quiere que me proteja un hombre cuando...

La frase sin terminar le dio a Cecilia la clave última del problema. Esperaba sin embargo que la confesión de asumida frigididad no llegase a más. Conocía a muchas mujeres incapaces de disfrutar del sexo. En su oficio era una práctica que se recomendaban unas a otras como estrategia defensiva, pero su abuso no tenía vuelta atrás. De todas maneras, las chicas de su mundo hacían cosas más raras todavía de lo que ésta parecía que se estaba inventando para encontrar un compañero postizo.

Después de la boda de Horacio con Marga las cosas marcharon para ella mucho mejor de lo que jamás pudo imaginar. Nada le costó considerar el dinero que puntualmente recibía como el sueldo de un trabajo ordinario. Incluso cuando Marga telefoneó para preguntarle si todo iba bien, si recibía todos los meses lo acordado, se permitió responder risueña: –Sólo me falta la extraordinaria para que sea como la paga que tuve de maestra –. Aquella broma fue suficiente para encontrar en su buzón un talón y una nota: «Llévale algo a Natalia. De parte de un hada madrina». El plus de abundancia incrementó también su generosidad. Decidió además adelantar ocho o diez días su marcha y preparó más regalos que nunca, aunque sabía que se sentiría culpable en el destaralado tren del transbordo final. En aquella clase única ya de-

sentonaban sus elegantes maletas, pero más todavía el sinfín de paquetes multicolores a los que tenía que hacer sitio entre canastos y cajas atadas con cuerdas grasientas. Aunque no iba a dejar que ese fastidio rompiera el encanto mágico, el aura que siempre la envolvía cuando los olores de su mundo, por muy ofensivos que fuesen, le anticipaban cien horas de felicidad.

Sólo faltaba un día para la partida. Dudaba entre despedirse primero de Horacio o decirle simplemente adiós a Marga sabiendo que ella se encargaría de pasarle el recado, divirtiéndose con los añadidos que en esas ocasiones siempre se inventaba. Pero la llamada a la puerta decidió por ella. El criado de librea de siempre, el que desde la boda de la niña prestaba doble servicio, le entregó el sobre sin variar un ápice la cara de asco que usaba como complemento del uniforme. Tampoco hizo ademán de esperar respuesta, y Cecilia lo despidió con un gesto, sin pronunciar palabra. La inclinación exagerada de la letra del sobre denotaba urgencia: Sta. Cecilia, —en mano—, decía. Lo rasgó nerviosa y leyó: Horacio ha sufrido un ataque. Ven por mi casa enseguida. Estamos solos y te necesitamos. Aplaza tu viaje, por favor. Te esperamos. Mg. Ugt.

No le sorprendió comprobar que su amiga seguía usando su apellido de soltera incluso en abreviatura. Eso, como una vez le dijo, era una más, casi la menor de las condiciones del paquete de boda que selló su padre con HH. Lo que no se esperaba era la petición que implicaba verse los tres juntos. El "affaire à trois" había funcionado bien, sobre todo por el cuidado que ella puso en evitar cualquier ocasión de triple encuentro. Por otra parte, Horacio ya había sufrido dos ataques, ambos estando a su lado y en su casa. En el último, la violenta hemoptisis le obligó a guardar cama todo un fin de semana. Ella pudo hacer que la noticia no fuera a mayores arreglando

las cosas con Marga por teléfono. Pero no quiso alar-marla diciéndole que veía avanzar la enfermedad impa-  
rable. Sobre todo porque se había contagiado y podría  
prohibirle acercarse a Horacio. Además, había oído co-  
mentar en la farmacia que desde hacía un año se ensa-  
yaba con éxito en América una nueva medicina, y que  
algunas muestras se podían conseguir en Inglaterra y  
Francia. Pasar los Pirineos de estraperlo hacía el costo  
exorbitante, pero eso no sería un problema para Marga.  
«Debería habérselo dicho ya» pensó contrita, y escapó a  
toda prisa hacia la casa de la pareja, con el mal rollo de  
que absorbida por sus preparativos de viaje había hecho  
que Horacio perdiera unos días, quizá preciosos. Dentro  
del taxi, cuando su agitación se calmó un poco, fue  
consciente de que la añoranza, la necesidad física de so-  
focar a Natalia entre sus brazos, tendría que esperar un  
poco más. No quiso preguntarse cuánto para no ser pre-  
sa de la angustia. Así que recobró por completo su sen-  
tido práctico y le dijo al taxista que cambiase el iti-  
nerario lo que hiciera falta para detenerse en Correos. El  
texto del telegrama podía ser muy escueto porque Nata-  
lia entendería entrelíneas lo que no sabían los demás:  
Retraso viaje para cuidar enfermo muy grave. Avisaré  
de nuevo. Mil besos. Cecilia. Titubeó con la dirección.  
Estuvo a punto de poner el nombre de la niña: «... pero  
si María se lo guarda... siempre tiene miedo... Cuando  
escriba la carta que ya no puede esperar más... enton-  
ces». Terminó garrapateando con tanta desgana como  
fiereza el nombre de su cuñado y volvió al taxi.

—

Meses llevaba otra vez Pintero sin nuevas de Horacio, y  
había terminado por despreocuparse completamente de  
él. Aquella mañana, el efecto residual de sus fantasías

nocturnas le trajo el recuerdo de las mujeres del otro. Sin embargo lo desechó enseguida. Por el pasillo había divisado a su casposo amigo el forense, personaje raro de ver allí.

–Los únicos problemas que tengo vienen de los vivos. Mis muertos son inocentes –iba repitiendo como siempre, lo escuchasen o no.

Como era la mayor fuente de información que existía en todo el departamento, trató de llevárselo a su despacho para entablar con él unos minutos de conversación instructiva, pero lo único que de momento pudo saber fue que tenía que hacer la autopsia a un fiambre extranjero.

–Caronte se llevará a todos esos Deutschen, falschen oder nicht, a su isla de los muertos, a la Toteninsel de Boecklin que tanto gustó a Rachma'v como para ponerle música –creyó entenderle, mientras acompasaba su paso a la marcha arrastrada del otro, camino del ascensor. Y nada más sacó en limpio, porque preguntarle por el sentido de las palabras en alemán hubiera sido inútil, peor aún, contraproducente para futuras averiguaciones. De modo que tuvo que conformarse con los datos que comentaban entre sí los compas más locuaces. Así supo que por la mañana temprano había telefonado alguien diciendo que un hombre estaba frío y tieso:

–...tieso por partes, porque está doblado como una alcayata, aquí, entre los cubos de basura del barrio de las putas.

El caso parecía más relevante de lo ordinario. Los papeles y billetes recompuestos que se encontraron cosidos en los forros de la ropa del muerto hacían pensar que era alemán. Sin embargo, ni su físico ni su atavío, confirmaban tal suposición. En los bolsillos no quedaba rastro de nada. Sólo en las vueltas del pantalón apareció un pequeño trozo de cuartilla con letras mayúsculas y números. Podía ser una fórmula química, pero probable-

mente el papel se le pegó al muerto de la basura del callejón. El reloj se lo habían quitado; en cambio le habían dejado los zapatos que, para colmo, por el estado de las suelas, parecían acabados de estrenar.

Pintero intervino preguntando de modo casual si alguien había leído algo:

– ...una frase, una cabecera o marca en los papeles, porque si no, ¿cómo sabéis que estaban escritos en alemán?

–Porque no eres tú solo el que sabe algo de idiomas, capullo. Además de los billetes, esto que pone aquí lo entendió hasta el comisario sin llamar a nadie.

Estirando el cuello pudo leer lo que habían copiado. Eran bastante cabrones y plumazos con él, pero no eran estúpidos. El estadillo de cuentas lo encabezaba lo que debía ser un membrete: «Deutsche Konsulat». Luego en tres columnas desiguales, la primera más ancha, habían garrapateado fechas, palabras y otros signos casi ilegibles. Uno se repetía varias veces y se leía bien: Ugt, decía, siempre seguido de la misma cifra en la columna a su costado: 1000 Dm.

–Está bastante claro Pinterito. Esas eran trampas del muerto con el viejo sindicato. Por eso lo liquidaron.

Pintero no abrió la boca, ni siquiera para bufar al que usó el odioso diminutivo. Tampoco quiso discutir sobre las siglas del sindicato ilegal, escritas de tan ridícula manera. Terminó por meterse en su cuchitril sin quitarse de encima la desagradable sensación de que algo se le escapaba, de que había alguna relación entre lo que acababa de saber, aquellos pocos detalles sueltos, y otras cosas, al menos alguna de las cosas que se pudrían en su carpeta pendientes de solución. Tuvo que pasar el día rezongando, sin dar pie con bolo, hasta el colmo de pensar que semejante día merecía un final igual de asqueroso: «la emprenderé con todas las cartas atrasadas», se

dijo al volver a casa. Como siempre hacía, no puso atención en los sobres más de unos segundos hasta que llegó a una caligrafía que identificó sin dudas a pesar del tiempo transcurrido. Sopesó el sobre y advirtió que la carta debía de ser breve. En efecto, era poco más que un telegrama:

Querido amigo, –leyó casi en voz alta como tenía por costumbre– no tengo derecho a contarte la pena que me embarga y que va a costarme la vida. Cecilia acaba de morir en mis brazos, cuando debía haber sido yo quien desapareciera. Estoy solo, hundido en el mayor desconuelo. No tengo a quien acudir. Marga se fue hace días a ver su padre que se había vuelto a ir de viaje no sé adonde... parece que está ingresado en un hospital, pero podría estar muerto, no sé, no me gusta nada lo que pasa... he sabido de unos planes muy raros y de unos criados, los hombres de papá parece que los llama mi esposa. Si tú crees que puedes averiguar algo, llámame enseguida. Hasta me pondría en camino si tuviera fuerzas...

No había terminado de leer cuando una impropcedente pero irreprimible explosión de euforia le hizo ponerse a recitar versificando:

–Esta vez sí que lo huelo, y fregaré al comisario, los zapatos sin huellas de suelo no son de este vecindario.

—

Cecilia tuvo una crisis de angustia nada más llegar a la casa. Se preguntaba si había hecho bien atendiendo a la petición de Marga. El brusco cambio de planes hacía ya imposible pasar las Navidades con su hija, tendría que esperar hasta Semana Santa; ni siquiera se planteaba estar de mano en casa de su cuñado si Natalia no tenía vacaciones. Trató de superar su congoja diciéndose que

estaba haciendo lo mejor para su mujercita: –Si hago ahora todo lo que me pidan, si no les fallo, es seguro que luego la ayudarán a ella...–se decía, animándose a llamar a la puerta. Le extrañó que abriera Marga en persona:

–No te asombres, te dije que estábamos solos. Despaché al criado a la casa grande... pero no te quedes ahí, pasa de una vez que tienes muy mala cara.

–Han sido las prisas, ¿y Horacio?, ¿puedo verlo?

–Entra mujer, todo a su tiempo

A pesar de su estado de ánimo, no le pasó por alto a Cecilia que había algo raro en la actitud de Marga. Ésta no paraba de hablar mientras la empujaba blandamente hacia el salón.

–Mi padre se ha ido y no va a regresar en mucho tiempo. He pensado que nos traslademos a su casa. Este apartamento es muy pequeño.

–Creí oírte decir que te gustaba

–Sí pero...–un acceso violento de tos se escuchó apenas amortiguado por la pared medianera, sin embargo no pareció afectar demasiado a Marga.

–¿No vamos a verle ya?–preguntó Cecilia nerviosa, tratando a su vez de contener el espasmo que le venía a la garganta.

–Enseguida, pero antes he de decirte para lo que te he llamado. Horacio se pondrá bien, ya le suministran esa medicina que acaban de descubrir. En este momento es mi padre quien me necesita...

Cecilia no terminaba de acostumbrarse a las sorpresas que siempre le reservaba Marga. Ahora fue consciente además de lo ingenua que había sido al pensar que ella había sabido antes de la existencia de la nueva medicina. De todas formas así era mejor, se ahorra una explicación incómoda. Eso la tranquilizó un poco y le ayudó a interrumpir a Marga.

«Horacio [1]»

–Perdona, no entendí bien lo último que has dicho

–Si, ya veo que andabas por las nubes. Te explicaba que debo ir junto a mi padre por unas semanas, quizás un par de meses, y quiero que entretanto te ocupes de Horacio personalmente, día a día, allí, en la casa grande, ¿puedo contar contigo?.

No supo por qué se ruborizaba, ella que había perdido todo vestigio de pudor hacía tanto tiempo. Pero la nueva proposición era la guinda que coronaba el contrato de ventajas que empapelaba su vida desde la aparición de Marga. Antes de responder, aunque la propuesta terminaba en una pregunta, ya había aceptado; no importaba cualquier condición añadida que pudiera seguir.

–Eso no puede ser, es demasiado, además ¿qué dirían o pensarían los criados?

–¿Decir?, ¡nada!, ya se cuidarían. Además no estarán. Les he dado vacaciones hasta que los avise. Así que tú te vas allí con Horacio mañana mismo. Ahora ya es el momento de entrar a verlo para darle tan buena noticia. Verás como mejora.

El aspecto del enfermo no era todo lo malo que ella esperaba y, desde luego, la cara de sorpresa que puso al verla era genuina. Al intentar hablar le amagó otro golpe de tos y fue Marga la que tomó la palabra.

–Sabes que no tienes que hacer el menor esfuerzo; ya le he dicho a ella todo lo que tiene que saber. Mañana recogerá sus cosas y se plantará en la casa grande. Tú saldrás para allá en la ambulancia que tengo concertada y yo podré irme tranquila a ver a mi padre. Tendréis noticias enseguida. Ahora os dejo unos minutos aquí con la condición de que sólo hable Cecilia. Yo tengo que salir. Ninguno de los dos podía extrañarse de la manera de disponer de Marga, pero aún así quedaron un tiempo si saber que decirse. Horacio volvió a hacer ademán de hablar pero tampoco pudo, así que Cecilia trató de vencer

su desconcierto e indicándole que callara dijo lo primero que se le ocurrió.

—Lo cierto es que no sé nada, pero es igual. Si de verdad puedo hacer algo por ti... por vosotros, quedándome a cuidarte, no necesito saber más. Todo puede esperar.

Le habría gustado contarle a él lo que Marga ya sabía, que estaba a punto de emprender viaje cuando ella la llamó, que iba a ver a Natalia, su hija. Pero este tema nunca se había tratado entre ellos dos. Pensó que quizás en los días venideros habría tiempo para eso. Era un tiempo que tenía que encontrar, tenía que contestar las preguntas que veía en la manera de mirarla de Horacio.

—

En cuanto pudo ver su nombre en el sobre se apoderó con decisión de la carta. Desde el telegrama de su tía anunciando que tenía que aplazar el viaje ya esperaba una explicación más completa, sólo para ella.. Palpó el envoltorio para calibrar por su espesor el número de cuartillas que podía contener. Adivinó o quiso creer que por lo menos serían cuatro. Con la letra que tenía Cecilia, pocas cosas cabrían en menos hojas de papel. Antes de que las voces de dentro de casa empezasen a preguntar qué había traído el cartero, salió disparada corriendo, apretando el liviano tesoro contra sus jóvenes senos. Su meta era el pajar que a esa hora, cercano el mediodía, estaría sin nadie. Allí, encajada como en un nicho, protegida por el laberinto de balas de heno almacenadas desde la última siega, esperó hasta sentir calmada la excitación de la carrera. Sólo entonces, y casi bruscamente, se decidió a rasgar el sobre y a sacar las cuartillas para abrirlas en abanico y comprobar que no se había equivocado. Una sobre otra, cuatro hojas rayadas esperaban

para contarle la historia que ella sabía desde el mismo día en que se hizo mujer. Si aquella primera sangre tan poco significaba en el entorno rústico y primario de Coruscante, por qué se desataron los nervios en la casa y llamaron a tía Cecilia.

Queridísima hija mía...

Siete años después leía las palabras que en aquel momento irrepentible no fueron dichas, pero no se llenó de la alegría que esperaba. La verdad debió ser desvelada entonces. En justicia, la dilatada espera se tomaba cruel desquite:

...parece que le he robado a Horacio el mal que amenazaba su vida. Él mejora y a mí me queda poco tiempo. Pero es mejor así pequeña mía. Todo lo que he hecho estos años ha sido pensando en ti...

...aunque morirse sea infeliz, yo me voy tranquila sabiendo que tu futuro está asegurado. Horacio y Marga, su mujer, te cuidarán y ayudarán en todo. Hasta el año que viene, cuando cumplas dieciocho, administrarán el dinero que te dejo, todo es tuyo... luego algo me dice que repetirás una parte de mi vida en este sitio, pero será la parte buena, la misma en la que yo pude dar amor...

Natalia dejó de leer. La palabra amor la inundó en llanto. Tuvo que verla escrita para saber cuál era el déficit que arrastraba desde su niñez, la razón de las caprichosas rabietas que tantas veces la hicieron sentirse culpable. Las gentes entre las que había crecido le habían dado cobijo, hasta algún pequeño capricho, alguna caricia fugaz, como perdida o distraída, pero ninguno de ellos le había dado amor. Por eso ella tampoco supo responderles jamás. Quien la amaba realmente era quien ocultaba ser su madre. Intuir eso había estado a punto de secar su corazón. Ahora, aquella caligrafía exuberante que

sellaba sus dudas y angustias cegó también su llanto. Terminó la lectura casi apresuradamente. En las dos cuartillas finales Cecilia había apretado su letra hasta donde fue capaz para dar cabida a unas instrucciones minuciosas de cómo tenía que proceder. Le decía también que en menos de una semana le llegaría un billete de tren y un giro postal con dinero suficiente para ir en taxi a la ciudad, hospedarse allí un par de días y comprarse ropa.

... pídele a mi hermana que te acompañe, sobraré dinero para las dos, y su marido no se pondrá burro cuando sepa que no tienen que seguir cuidándote,

Le costó trabajo leer la emborronada despedida:

... sé que no podré abrazarte... se me rompe el corazón... Horacio echará esta carta... perdóname amor mío... adiós.

Natalia se quedó en el granero un poco de tiempo más, el necesario para asimilar su diferido tránsito de crisálida a mariposa. Luego se puso en pie, guardó la carta en el escote de la blusa y salió del pajar sacudiéndose con brío los cascabillos que habían quedado pegados a su falda. La emoción que la embargaba todavía le impidió oír la sorda algarabía que se le echaba encima. El grupillo de arrapiezos la vio antes de que le diera tiempo a ocultarse. Sabedora de adonde se encaminaban, prefirió unirse a la excursión antes que exponerse con su rechazo a sufrir la violencia que estaban incubando. Había presenciado infinitos cortejos de animales en libertad, pero nunca había espiado la tarea de los mamporreros. A la distancia que tuvieron que esconderse tampoco iba a aprender gran cosa ahora. Mientras los corpulentos ocupaban las mejores posiciones sacudiendo guantazos a los débiles, ella aprovechó para quedarse unos metros detrás. Esperó hasta que uno de los alborotados pirracas se puso a imitar el relincho del caballo y a simular que

«Horacio [1]»

piafaba mientras se desembarazaba de los calzones. Los demás hicieron coro de inmediato y a ella le fue fácil escapar. Corrió sin mirar a su espalda hasta que la distancia le pareció suficiente para tomarse un respiro y sentarse en una piedra. Se palpó el pecho para asegurarse de que no había perdido la carta de Cecilia y, en ese instante, sintió una repentina opresión bajo el vientre que la hizo doblarse hasta casi tocar las rodillas con los hombros. No era un dolor definido, sino más bien una urgencia: la necesidad de librarse de un peso que no podía sujetar dentro de sí.

—

[continúa la **cinta 9**]